

HACIA UNA EDUCACIÓN QUE PONGA LA VIDA EN EL CENTRO

Vivimos un momento de encrucijada

La organización económica, social y política que han construido las sociedades occidentales se ha desarrollado confrontando y destruyendo los procesos y bienes socioambientales que permiten sostener la vida.

Las diversas manifestaciones de esta crisis (cambio climático, agotamiento de recursos, crisis de cuidados y profundización de las desigualdades) se relacionan entre sí y evidencian la existencia de un conflicto sistémico entre nuestra civilización y aquello que nos conforma como humanidad.

Las posibilidades de vida digna de muchos seres humanos se encuentran amenazadas. Está en riesgo la supervivencia de las mayorías sociales. Es necesario esclarecer las causas del deterioro social y ecológico y actuar para construir alternativas viables que afronten con radicalidad los problemas que atravesamos. La educación no está al margen de la causas de la crisis, ni de sus posibles soluciones. Más bien, puede jugar un importante papel a la hora de conformar nuevas miradas sobre la realidad que ayuden a torcer la peligrosa deriva que ha tomado la humanidad.

Una organización económica y política en guerra con la vida

Los imaginarios que pueblan el pensamiento hegemónico están plagados de mitos que son transmitidos y enseñados como si fuesen leyes inmutables. Estas creencias defienden que sólo tiene valor aquello que puede medirse en términos económicos y desvalorizan lo que, siendo imprescindible para la vida, no se puede expresar con la vara de medir del dinero. El equilibrio de la biosfera, los ciclos naturales, los cuidados y la reproducción cotidiana de la vida, por ejemplo, desaparecen de los análisis que realiza la economía y de las preocupaciones de la política.

Nos encontramos ante una auténtica situación de emergencia planetaria. Necesitamos un proceso de transformación urgente y la educación, obviamente, juega un papel crucial en esta necesaria reorientación cultural, política y económica.

La educación es uno de los ejes centrales de todo sistema sociopolítico y, por ello, es un espacio en permanente disputa y conflicto. En la escuela se contribuye a la construcción

de una cultura común que facilita el gobierno de la ciudadanía y prepara para poder intervenir en el metabolismo social.

En los tiempos inciertos de la crisis civilizatoria, el desafío de la educación es enorme y es importante preguntarnos si lo que se aprende en la escuela contribuye a afrontar los problemas o más bien a ahondarlos y a apuntalar el sistema que los ha causado.

¿Cómo está afrontando la educación formal esta crisis? ¿La nombra? ¿Sirve para reproducir y asentar los imaginarios que sustentan un modelo ecocida, patriarcal, colonial e injusto o, por el contrario, ayuda a iluminar una inevitable y necesaria transición a una sociedad en la que las mayorías sociales puedan satisfacer sus necesidades básicas de forma armónica con la naturaleza?

Un análisis de los contenidos curriculares estudiados en la escuela nos muestra que el currículum oficial más bien se asienta sobre categorías que reproducen y profundizan los imaginarios que nos abocan al desastre.

La insostenibilidad y el riesgo de colapso antropológico apenas son tratados dentro de la escuela. Ni en los contenidos mínimos que se consideran imprescindibles, ni en las propias metodologías de aprendizaje. La economía hegemónica, omnipresente e hipertrofiada, ha impuesto sus visiones también dentro de la propia educación, convirtiendo el paradigma económico capitalista en una especie de ley natural que define los objetivos de la educación, impregna los contenidos curriculares, establece lo que se considera innovación y moldea las leyes que la regulan. El mundo educativo se convierte, para algunos, en un nuevo mercado en el que empresas financieras, de seguros, constructoras, editoriales y, sobre todo, tecnológicas, son quienes definen qué debemos hacer, quiénes son los verdaderos innovadores y cómo, los que no lo son, quedan excluidos de la modernidad pedagógica. Se intentan asegurar que la educación cumpla un objetivo claro: reproducir el orden social vigente.

Y sin embargo, necesitamos un paradigma educativo que permita revertir los imaginarios que nos abocan al naufragio antropológico.

HACIA UNA EDUCACIÓN QUE PONGA LA VIDA EN EL CENTRO

Con seguridad, la escuela no es el único entorno en el que debemos trabajar por la emancipación y la transformación de un modelo social, económico y político injusto y depredador -con la naturaleza, con las personas y con las relaciones entre ellas- pero sí es, a buen seguro, uno de los más importantes.

Cuando se habla de renovación pedagógica, solemos centrarnos en cuestiones metodológicas, en la organización y gestión de los centros y, en menor medida pensamos en otro de los núcleos fundamental del proceso educativo, el que tiene más

que ver con qué estamos enseñando o qué está aprendiendo nuestro alumnado. Tan importante como el cambio metodológico ha de ser el cuestionamiento y transformación radical del currículo.

Una educación que ponga la vida en el centro deberá ayudar a que el alumnado sea consciente de que los seres humanos somos ecodependientes e interdependientes, que todo lo que necesitamos para mantener la vida y satisfacer nuestras necesidades materiales procede de la naturaleza y ésta tiene límites físicos. El currículum deberá ayudar a comprender que la crisis ecológica es la colisión entre los sistemas vivos - basados en los ciclos, el sol, la diversidad, la lentitud y la cercanía - y una economía mundializada, cimentada sobre el petróleo, la generación masiva de residuos, la lógica del monocultivo, la velocidad y la promoción de las largas distancias.

Pero además, los contenidos curriculares deben mostrar que los seres humanos somos también interdependientes entre nosotros. Durante toda la vida, y sobre todo en algunos momentos de la misma (infancia, vejez, diversidad funcional, o enfermedad), las personas no podríamos sobrevivir si no fuese porque otras dedican mucho tiempo y energía a cuidar de que la vida se mantenga. En la mayor parte de las sociedades y a lo largo de todos los tiempos, quienes mayoritariamente cuidan de las personas más vulnerables son mujeres y lo hacen casi en solitario, obligadas por la heteronormatividad que impone la división sexual del trabajo propia de las sociedades patriarcales. La enorme cantidad de tiempo que se dedica al cuidado cotidiano de la vida permanece, con frecuencia, invisible dentro de los contenidos escolares.

Constituir sociedades en las que todas las personas, independientemente de su sexo practiquen *una ética y política del cuidado*, del “hacerse cargo de”, y en las que la equidad entre las personas sea un principio político insoslayable, es una cuestión inaplazable y los contenidos educativos deben reflejar esa prioridad.

Es preciso *educar para afrontar el inevitable decrecimiento de la esfera material de la economía*: la humanidad, quiera o no quiera, vivirá con menos energía y materiales. No es una opción, es un dato de partida. Se podrá decrecer materialmente de forma democrática y justa o causando aún más miseria y exclusión e incluso muertes. Es posible, y esa es la clave, aprender a vivir, en condiciones de equidad, con menos materiales y energía a nivel global.

Pretendemos de forma somera establecer algunos ejes que en nuestra opinión pueden permitir articular un nuevo paradigma curricular.

Aprender a querer y cuidar la vida

La conciencia de ser vida vulnerable es el primer requisito para releer el mundo de un modo sostenible. Hay que realizar un esfuerzo de alfabetización ecológica. Nos

referimos a conocer, comprender valorar y querer las diferentes formas de vida y reconocernos como seres vivos interdependientes, partes de una frágil red formada por el clima, agua, plantas, aire... que está en serio peligro. El mantenimiento de la vida humana - y también de la no humana - en el tiempo, es viable bajo un modelo que aproveche los recursos renovables a un ritmo que permita su regeneración, y que cierre los ciclos de los materiales (biológicos, físicos y químicos). Cualquier forma de organización social que no respete estas reglas estará poniendo en peligro tanto su supervivencia como la de otras especies con las que comparte hábitat.

El cuidado es otra experiencia práctica esencial para la valoración de la vida y para la comprensión de la interdependencia. Otorgar sentido educativo a los cuidados es una práctica central en la sostenibilidad. Desde prácticas sencillas como puede ser cuidar semillas y animales, hasta experiencias más complejas como descubrir los trabajos invisibles que se realizan en la casa o en el espacio educativo pueden ayudar a aprender que sin cuidados no existiríamos y a exigir el reconocimiento social y el reparto equitativo y solidario del trabajo que comportan.

Educar en el reparto de la riqueza y en la corresponsabilidad de las obligaciones.

Si tenemos un planeta con recursos limitados, que además están parcialmente degradados y son decrecientes, la única posibilidad de justicia es la distribución de la riqueza – sobre todo teniendo en cuenta que hay muchas personas en el planeta que deben incrementar sus consumos materiales para poder vivir una vida digna. Luchar contra la pobreza es lo mismo que luchar contra la acumulación de la riqueza.

Igualmente, si no podemos vivir sin que nos cuiden, tampoco debemos vivir sin cuidar. La corresponsabilidad en todos los trabajos necesarios para mantener el metabolismo social es otro aprendizaje básico para poder sostener vidas dignas.

Ello obliga a revisar crítica y educativamente muchos de las representaciones sobre el mundo y la realidad percibidas como certezas. La escuela puede ayudar a que las comunidades educativas revisen categorías como las de progreso, riqueza, propiedad, seguridad, trabajo o libertad que son imprescindibles para el mantenimiento del régimen actual y a que se reformulen teórica y vivencialmente, ayudando a construir unos imaginarios más coherentes con la vida humana.

Educar para participar y cooperar

Los retos que afrontamos no pueden ser afrontados de forma individual. Necesitamos reinventar lo colectivo y experimentar el éxito de trabajar y cooperar con otras personas.

Por ello, dentro de la escuela, también cabe poner en marcha pequeñas alternativas locales que ya se están experimentando en diferentes lugares: participar en cooperativas

de consumo que aproximan a productores y consumidores para resolver la alimentación diaria, facilitar el acceso al centro en bicicleta, cuidar el uso prudente de la energía o el agua en el centro educativo, montar un huerto y a ser posible comer algo de él, comprender el efecto en las personas más pobres y en el planeta del consumo excesivo de proteína animal y del sistema agroalimentario industrial, vivir con menos electricidad, organizar mercadillos de trueque que favorezcan la reutilización y la ayuda mutua...

Educar para aprender a hacer y a responder preguntas

Una buena manera de configurar un currículum alternativo puede basarse en formular y tratar de responder las grandes preguntas de nuestro tiempo, las que permanecen ocultas, de modo que al investigar y explorar en las respuestas se vaya configurando una mirada crítica sobre la realidad. Profesorado y alumnado pueden, a partir de estas preguntas, indagar sobre los límites físicos, la justicia en el reparto de los recursos y los tiempos de trabajo o las alternativas que permitirían avanzar hacia otro paradigma de pensamiento y de acción social.

Las posibilidades son inmensas y la clave es respetar a niños y niñas, como seres inteligentes y sensibles, capaces de preguntarse, proponer y elegir. Es preciso crear espacios en los que puedan construir, tomar la palabra, debatir, argumentar, escuchar y lograr acuerdos. Son competencias básicas para la construcción de comunidades sólidas que puedan llegar a construir sociedades más justas, más igualitarias, menos excluyentes y más libres.

PARA PROFUNDIZAR:

Herrero, Yayo (2022) *Educar para la sostenibilidad de la vida. Una mirada ecofeminista a la educación*. Barcelona, Octaedro.

Herrero, Yayo, Cembranos, Fernando y Pascual, Marta (coord.) *Cambiar las gafas para mirar el mundo. Hacia una cultura de la sostenibilidad*. Madrid, Libros en Acción.